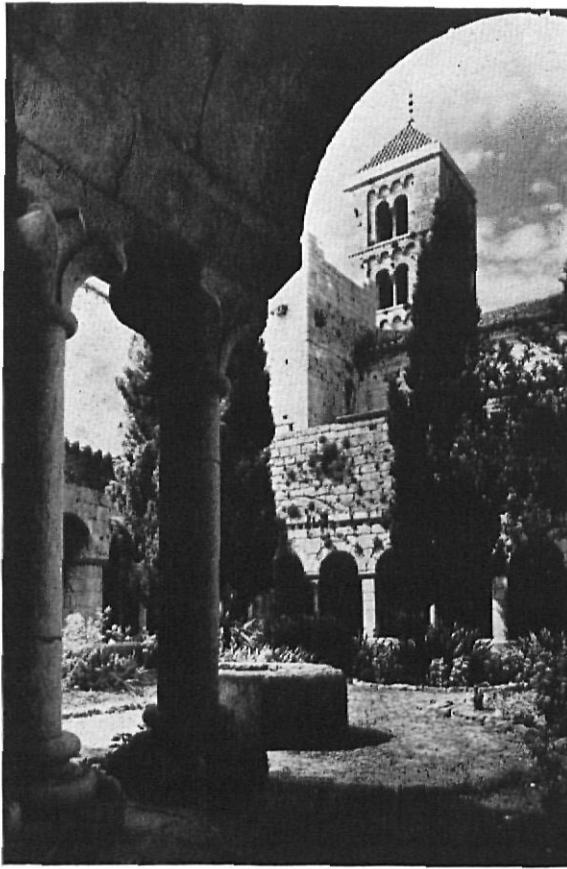




*SANTA MARIA DE VILABERTRAN
Detalle del claustro y torre s. VII.*

Aproximadamente a unos dos kilómetros de la ciudad de Figueras, junto a la carretera que enlaza la capital del Alto Ampurdán con la frontera francesa por Port-Bou, se halla la población de Vilabertrán, con la que fue su antigua abadía y el templo parroquial de Santa María, en cuyos inicios fue canónica agustiniana y más tarde colegiata.

El fundador de la misma fue un prestigioso sacerdote llamado Riguall, Rigault o Rigau, que que en estas tres maneras se halla escrito.

Pedro Riguall, indudablemente constituya una figura ampurdanesa de gran relieve dentro de la historia del cenobio vilabertranense, no solamente por su carácter de fundador del mismo, sino que, también, por su temperamento celoso, inquieto y reformador.

Nacido en el manso Sitjar, de la población altoampurdanesa de Espolla, Pedro Riguall guiado por su espíritu recio pero a la vez humilde, según antiguos documentos fue hombre de una arraigada y profunda piedad, que reunió algunos clérigos en una casita del mencionado pueblo de Vilabertrán.

La fama de su espíritu bondadoso y caritativo, se difundió pronto por toda la comarca y no tardó que los nobles, Bernardo y su mujer Guilla, Bernardo Gaufredo y su esposa Nénia y el matrimonio, Gaufredo y Adalgardis, le hicieran donación de un alodio que poseían en Vilabertrán, al objeto de que levantara abadía o monasterio de Santa María, eligiendo a Riguall para

El Abad Pedro Riguall

**UNA FIGURA AMPURDANESA
DE GRAN RELIEVE**

**FUE EL FUNDADOR DE LA
ABADIA DE SANTA MARIA
DE VILABERTRAN**

JOAQUIN GIRONELLA GARAÑANA

que la regentara con sus clérigos, a los cuales había de conducir por el camino de la verdad, donación efectuada en el año 1.069.

Una vez en posesión del alodio con todos sus diezmos y primicias, Pedro Riguall no se limitó a dirigir solamente las obras de la iglesia, sino que el mismo, día a día, enfervorizado y activo, aportó su propio esfuerzo personal en la obra durante un cuarto de siglo, como también, guiados por su ejemplo, clérigos, hombres, mujeres y hasta los niños, le ayudaron con el mayor entusiasmo hasta ver finalizada la obra.

El templo pues, va levantándose poco a poco, macizo, sencillo y de una impresionante austeridad, como austero era el fundador. Este, no se preocupa en gran manera del arte, por su convencimiento que éste puede acarrear una cierta distracción para los momentos de meditación y de contemplación. Por ello, hace que uno se sienta como anonadado bajo aquellas gruesas y macizas bóvedas de aquél templo mariano.

Terminada la iglesia, fue consagrada con la mayor solemnidad en el año 1100, participando en la ceremonia, tres obispos: Bernardo de Gerona; Berenguer, de Barcelona y Pedro, de Carcasona, los cuales exteriorizaron su mayor afecto al bondadoso Riguall, llamándolo hijo dilectísimo (*dilectíssimo filii*).

Los monjes tenían la obligación de vivir bajo la regla agustiniana, con la posesión de las cosas en común y distribuyéndolas a cada uno de acuerdo con sus necesidades.

El monasterio sería completamente libre, no pudiendo depender de ningún rey, conde, ni príncipe de la tierra, ni tampoco de otra Iglesia que la de Gerona. Riguall fue nombrado abad por aclamación, lo que viene a probar la ascendencia y la confianza que merecía a los que fueron sus electores.

Nada de extrañar pues, que en aquella época a un hombre de estas virtudes y de este temple, las gentes de la comarca después de muerto, le consideraran como un santo. Su cuerpo fue depositado en un sencillo ataúd, colocado sobre la parte del pequeño claustro de la iglesia y fue objeto de veneración, hasta tal punto, que el Vizconde Francisco, de Perelada y la Vizcondesa Elionor, de Rocabertí, estuvieron muy propensos a solicitar su beatificación.

En el año 1572, los restos del abad Riguall, fueron encerrados en un sarcófago de piedra y colocado muy próximo a la sacristía. Lo sostenían dos leones y sobre el mismo figuraba una imagen de Nuestra Señora, con unos ángeles a ambos lados. El Padre Villanueva que aún vió la

lápida, dice que contenía la siguiente inscripción: «*discat qui nescit Petrus abbas hic requiescit: nec meas falli Petrus fuitiste Rigvalli*».

La iglesia de Santa María de Vilabertrán, si bien ha llegado hasta nuestros días en bastante buen estado, no obstante venía reclamando unas obras de restauración y adecentamiento, de cuya inquietud fue un gran paladín el desaparecido periodista y escritor, don Manuel Brunet (q.e.p.d.). Esta inquietud fue al propio tiempo sentida por un grupo de figuerenses y en el año 1944, — si mal no recordamos —, el llorado obispo de Gerona, Dr. Cartañá Inglés, nombró un Patronato para que cuidara de las obras de restauración, las cuales se iniciaron en el mes de noviembre del mismo año. Primeramente se procedió a una limpieza general y al desconchado de las paredes y bóveda, por haber sido antaño revocadas y pintadas imitando piedras, apareciendo las auténticas piedras de sillería con toda su prestancia. Adecentada ya la iglesia, si bien continuando las obras de restauración, gracias al celo y al entusiasmo de su Patronato, en el mes de junio de 1946, dentro de un solemne acto, fue reinstaurado dentro de la espléndida nave de la iglesia, el sarcófago del abad Riguall y también de otro gran personaje que tanto representó en la historia del cenobio vilabertranense: el abad Hortolá. De esta forma, se perpetuaba la memoria de su fundador y del que tan notable impulso dio a la canónica de Santa María.